

VALLE-INCLÁN Y MÉXICO

E. S. SPERATTI PIÑERO

“RESOLVÍ IR A MÉXICO, porque México se escribe con x.” Qué quiere decir exactamente Valle con estas palabras, no lo sabemos. Para don Alfonso Reyes, “tras la x de México, el joven Valle-Inclán sin duda sentía el atractivo del arcaísmo, el de la proeza hispana en América, que dio nacimiento a la Nueva España”.¹ Quizá fue la atracción de algo desconocido, pero presentido vagamente, que le iba a resolver, muchos años más tarde, la incógnita de la suerte de España a través de la incógnita de América y, muy en particular, de México.

Dispuesto el viaje, Valle partió hacia las costas del Golfo y desembarcó en Veracruz el 8 de abril de 1892. Permaneció en el país de su elección hasta 1893. De este contacto inicial sólo queda, entre los 28 artículos y cuentos aparecidos en *El Correo Español* y en *El Universal*, una breve impresión de su arribo a Veracruz: “Bajo los trópicos (Recuerdos de México). 1: En el mar” (16 de junio de 1892). William L. Fichter, quien con tanta paciencia y acierto se ha dedicado a rastrear la obra juvenil de Valle, considera este fragmento “lo más rico en imágenes y metáforas” que don Ramón produjo por aquel entonces.² Y nos queda también el recuerdo, felizmente recogido por escrito, de una violenta querrela con Victoriano Agüeros, director de *El Tiempo*.³ La causa fue una carta aparecida en dicho periódico y que contenía durísimos reproches contra los residentes españoles. Tras el pseudónimo de “Oscar”, su autor los acusaba de prostituir al pueblo mexicano, “ayudados o en combinación con nuestro gobierno liberal” —el de la época de Porfirio Díaz— y de estar “haciendo grandes negocios”. Las masas iletradas “gritan mueras a los gachupines. . . porque el pueblo palpa todos esos males y tiene el instinto de saber de dónde le vienen con todo y su falta de ilustración”. Para concluir, “Oscar” afirmaba que, pese a su veneración por la Madre Patria, rechazaría cuanto

pretendiera ser defensa “de la basura que esa Madre nos arroja continuamente y que viene sólo con el objeto de enriquecerse, atropellando cuanto hay de más caro y sagrado para nosotros”. Valle, que no conocía la tierra ni sus problemas, salió en defensa de los españoles. Casi provocó un duelo, que se solucionó con explicaciones. Años más tarde, sin embargo, recogería y desarrollaría con mayor indignación y con un arte terriblemente expresivo los viejos, aunque no gastados, argumentos de la carta. Pero era necesario que el tiempo corriera para que esa nueva visión se aclarara y cobrara forma. Con todo, México había dejado ya en él huellas profundas y, como nos dice Alfonso Reyes: “este primer viaje... tuvo la virtud de encender para siempre la lámpara de la vocación”.⁴

Ya de vuelta en España, Valle presentó su primer libro de cuentos: *Femeninas* (Pontevedra, 1895). En tres de las narraciones lo mexicano reaparece. En “La condesa de Cela” el amante de la protagonista es un apasionado y bohemio joven de ese origen. En “Tula Varona” lo es el personaje homónimo, descrito como una criolla caprichosa y cruel. En la tercera historia, “La niña Chole”, protagonista y “escenario” son mexicanos. Y de las tres, es ésta la más importante, en esa época, pues se convertirá en núcleo principal de *Sonata de estío* y demuestra ya claramente un gusto, desarrollado después con más sentido de su función estética, por los vocablos y giros americanos.

En 1899 y 1901, Valle publica dos nuevos fragmentos en donde intenta pintar aspectos del ambiente geográfico de México. Los dos se titulan “Tierra Caliente”.⁵ Al igual que “Bajo los trópicos” y “La niña Chole”, se incorporarán también a *Sonata de estío*, cuya versión inicial aparece en *Los Lunes de El Imparcial*⁶ y poco después en libro. Es la primera tentativa de amplio vuelo para recoger las impresiones que México, visitado diez años atrás, ha dejado en él. La historia que nos refiere Xavier de Bradomín es bastante conocida. Un desengaño amoroso lo arrastra a un viaje por tierras exóticas:

... dejándome llevar de un impulso romántico, fui a México. Yo sentía levantarse en mi alma... la tradición aventurera de todo mi linaje. Uno de mis antepasados, Gonzalo de Sandoval, había fundado en aquellas tierras el Reino de la Nueva Galicia, otro había sido Inquisidor General, y todavía el Marqués de Bradomín conservaba allí los restos de un mayorazgo... Me atraía la leyenda mexicana con sus viejas dinastías y sus dioses crueles... Como un aventurero de otros tiempos, iba a perderme en la vastedad del viejo Imperio Azteca...⁷

Buena parte de lo que ocurra en este viaje sólo servirá para enmarcar la historia erótica central: la aventura con la Niña Chole. Vale la pena, sin embargo, analizar más largamente el libro y las actitudes que adopta Bradomín frente a lo mexicano. Ya hemos visto en la cita anterior el espíritu que lo empuja: orgullo de español, evocación histórica, magnificencia del pasado indígena. Todo puede responder muy bien al carácter que Valle ha dado al Marqués desde la primera Sonata. Pero puede ser también, en parte, un influjo voluntariamente aceptado de las "Palabras liminares" de *Prosas profanas* y, en parte, la misma fuerza que llevó a Valle a pretender un duelo en 1892. Unos pasajes más ilustrarán mejor este punto. En Tequil —nombre inexistente, pero evocador⁸— recorre las "ruinas de palacios, de pirámides y de templos gigantescos" (p. 26) y allí encuentra a la Niña Chole, quien tiene "esas bellas actitudes de ídolo, esa quietud extática y sagrada de la raza maya, raza tan antigua, tan noble, tan misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la Asiria" (p. 27). Al llegar a Veracruz, el Marqués de Bradomín se exalta y exclama:

Cautiva el alma de religiosa emoción, contemplé la abrasada playa donde desembarcaron, antes que pueblo alguno de la vieja Europa, los aventureros españoles, hijos de Alarico el bárbaro y de Tarik el moro. Vi la ciudad que fundaron, y a la que dieron abolengo de valentía, espejarse en el mar quieto y de plomo como si mirase fascinada la ruta que trajeron los hombres blancos: A su lado, sobre desierto islote de granito, baña sus pies el Castillo de Ulúa, sombra romántica que evoca un pasado feudal que allí no hubo... Yo iba a desembarcar en aquella playa sagrada, siguiendo los impulsos de una vida errante, y al perderme, quizá para siem-

pre, en la vastedad del viejo Imperio Azteca, sentía levantarse en mi alma de aventurero, de hidalgo y de cristiano, el rumor augusto de la Historia (pp. 51-53).

En un momento de despecho, nos dice que cruzó ante la Niña Chole "orgullosa y soberbia como un conquistador antiguo" (p. 70).

Relacionada en cierto modo con la valoración de lo español y de la Conquista está la exaltación de los *plateados*, a los que Valle consideró con ojo romántico, no con criterio realista:

Por entonces, sólo con buena guardia de escopeteros era dado aventurarse en los caminos mexicanos, donde señoreaban cuadrillas de bandoleros: ¡Aquellos plateados tan famosos por su fiera bravura y su lujoso arreo! (pp. 73-74)... Juan de Guzmán en el siglo xvi hubiera conquistado su Real Ejecutoria de Hidalguía peleando bajo las banderas de Hernán Cortés. Acaso entonces nos dejase una hermosa memoria aquel capitán de bandoleros con aliento caballeresco, porque parecía nacido para ilustrar su nombre en las Indias saqueando ciudades, violando princesas y esclavizando emperadores. Viejo y cansado, cubierto de cicatrices y de gloria, tornaría a su tierra llevando en buenas doblas de oro el botín conquistado... Levantaría una torre, fundaría un mayorazgo con licencia del Señor Rey, y al morir tendría noble enterramiento en la iglesia de algún monasterio. La piedra de armas y un largo epitafio, recordarían las hazañas del caballero... ¡Es triste ver cómo los hermanos espirituales de aquellos aventureros de Indias no hallan ya otro destino en la vida que el bandolerismo!... Aquel capitán de los plateados también tenía una leyenda de amores. Era tan famoso por su fiera bravura como por su galán arreo. Señoreaba en los caminos y en las ventas: Con valeroso alarde se mostraba solo, caracoleando el caballo y levantada sobre la frente el ala del chambergo entoquillado de oro. El zarape blanco envolvió flotante como alquicel morisco... En la llama de su mirar vibraba el alma de los grandes capitanes, gallarda y de través como los gavilanes de la espada. Desgraciadamente, ya quedan pocas almas así (pp. 135-138).

Por fin, casi al terminar el libro (p. 218), Valle establece un paralelo con los bandidos andaluces, protegidos por los nobles y, naturalmente, dado el tono de la obra, éstos resultan superiores a los mexicanos.⁹ Muy lejos se está con este cuadro

del que presentaba Altamirano en *El Zarco*, muy lejos incluso del que nos ofrecía Inclán en *Astucia* o ese misterioso Perro-billos en sus *Plateados de Tierra Caliente*.¹⁰ Muy lejos, también, de la visión que nos ofrecerán *Tirano Banderas* y *El Ruedo Ibérico*. Cuando la visión cambie, se cambiará de elogio en condena el concepto de los plateados, de los bandidos andaluces y de sus protectores de estirpe noble.¹¹

PERO TODO lo anterior es, en *Sonata de estío*, tan sólo la evocación de un pasado, acerca del cual Valle había leído o escuchado narraciones. Falta señalar lo que pudo ver y oír directamente sin necesidad de intermediarios históricos, estéticos o sentimentales. Por su libro desfilan, apenas esbozados muchas veces, distintos tipos mexicanos: charros, jarochos, léperos. Lo curioso es que siempre los contemple entregados al juego (albures, riñas de gallos) o acudiendo a las ferias. Observa también a esos seres con monstruosas deformidades que todavía sorprendemos en algunos rincones de México. No deja tampoco de registrar una costumbre que parece haberle llamado profundamente la atención: el abrazo acompañado de suspensión (p. 164). Nos habla del traje de la Niña Chole, descrito con la minucia y la seguridad de quien se ha detenido ante él, utilizando una forma —*hipil*— que se oye comúnmente en Yucatán: “Vestía como las criollas yucatecas, albo hipil recamado de sedas de colores, vestidura indígena semejante a una tunicela antigua, y zagalejo andaluz, que en aquellas tierras ayer españolas, llaman todavía con el castizo y jacaresco nombre de fustán” (pp. 26-27). Y de igual manera nos dibuja un paisaje, ante el cual recordamos las proximidades de Uxmal y de Mérida: “. . . recorrí extensas llanuras de Tierra Caliente, plantíos que no acababan nunca, de henequén, de caña dulce. En la línea del horizonte se perfilaban las colinas de configuración volcánica revestidas de maleza espesa y verdinegra” (p. 25). La descripción de la ciudad de Grijalba sugiere la de ciudades de la costa: “. . . vista desde el mar, recuerda esos paisajes de caserío inverosímil, que dibujaban los niños precoces: Es blanca, azul, encarnada, de todos los colores del iris. Una ciudad que sonríe” (p. 159). La voz

de los indios, tan distinta de la española, merece que Valle se fije en ella (p. 36) y le parece "llena de ironía" (p. 39); también nos habla del carácter indígena reflejado en actos: "Llegaban indios ensabanados como fantasmas, humildes y silenciosos, apagando el rumor de sus pisadas" (p. 167). Pero quienes le impresionan profundamente son las mujeres: "Mujeres de tez cobriza y mirar dulce salían a los umbrales, e indiferentes y silenciosas nos veían pasar. La actitud de aquellas figuras bronceadas revelaba esa tristeza transmitida, vetusta, de las razas vencidas" (pp. 83-84); "Sentadas a las puertas de los jacales, indias andrajosas... Eran viejas de treinta años, arrugadas y caducas, con esa fealdad quimérica de los ídolos" (p. 187).

He dejado intencionadamente para cerrar el análisis de *Sonata de estío* tres pasajes de particular interés. Una imagen que Valle desarrollará más tarde y que proviene de una visión unida a una evocación mitológica: "Los jinetes, silenciosos y casi desnudos, avanzaban al paso con suma cautela: Era un tropel de negros centauros" (p. 203); la manifestación de un desagrado íntimo que culminará en *Tirano Banderas* con la creación de un verdadero símbolo:

Casi rozando nuestras cabezas volaban torpes bandadas de feos y negros pajarracos. Era un continuado y asustadizo batir de alas que pasaban oscureciendo el sol. Yo las sentía en el rostro como fieros abanicazos. Tan pronto iban rastreando como se remontaban en la claridad azul. Aquellas largas y sombrías bandadas cerníanse en la altura con revuelo quimérico, y al caer sobre las blancas azoteas moriscas las ennegrecían, y al posarse en los cocoteros del arenal desgajaban las palmas. Parecían aves de las ruinas con su cabeza leprosa, y sus alas flequeadas, y su plumaje de luto, de un negro miserable, sin brillo ni tornasoles. Había cientos, había miles (pp. 71-72)...

y una añoranza que es quizá, junto con el pasaje antes citado, lo más verídicamente personal de todo el libro:

¡Cuán bellos se me aparecen todavía esos lejanos países tropicales! Quien una vez los ha visto, no los olvidará jamás... Mi pensamiento rejuvenece hoy recordando la inmensa extensión plateada de ese Golfo Mexicano, que no he vuelto a cruzar. Por mi

memoria desfilan las torres de Veracruz, los bosques de Campeche, las arenas de Yucatán, los palacios de Palenque... (pp. 160-161).

Y junto a esto, un placer cada vez mayor en recoger palabras mexicanas, que ahora sólo brillan con colorido exótico y preciso, pero de resonancia fugaz.

En 1905, Valle anuncia en la lista de publicaciones que acompaña a *Sonata de invierno* la aparición de un *Hernán Cortés*. ¿Qué carácter iba a tener esta obra ligeramente anterior a las *Comedias Bárbaras*, a *Una tertulia de antaño* y a la *Guerra carlista* donde el desencanto de lo español comienza?

Desde 1905 a 1918, Valle no vuelve a ocuparse de México, pero ese año publica un soneto titulado "Rosa de ultramar" y más tarde, quizá con mayor propiedad, "Alegoría":¹²

Era nocturno el potro. Era el jinete
de cobre —un indio que nació en Tlaxcala—,
y su torso desnudo, coselete
dorado y firme al de la avispa iguala.

El sol en el ocaso, como un lauro
a la sien del jinete se ofrecía.

Y vi lucir el mito del centauro
en la Hacienda del Trópico, aquel día.

De la fábula antigua un verde brote
cortaba el indio sobre el potro rudo.

Era el campo sonoro en cada bote,

era el jinete frente al sol. Desnudo,
y cara al sol partió como un azote...

Iba a robarlo para hacer su escudo.

Entre las elegancias y la visión falsa o idealizada que nos ofrece el poemita, tan cargado todavía de reminiscencias modernistas, es fácil reconocer su origen: "Los jinetes... casi desnudos, avanzaban... Era un tropel de negros centauros" (cf. *supra*, p. 65). Pero, ¿por qué este desarrollo tantos años después? ¿Por qué esta glorificación del indio que parte como un azote para robar el sol y convertirlo en escudo? Las cosas han cambiado mucho desde *Sonata de estío*. Valle ha perdido su fe en lo español y ha comenzado a ridiculizarlo, a contemplarlo en el espejo deformante. No ha llegado, todavía, al

esperpento, pero sí a la farsa. Su juicio es amargo ya, sin embargo. Y de ese español sometido a juicio, y de sus descendientes americanos, ha sido y es víctima el indio. El indio que lucha junto a los caudillos de la revolución que está viviendo México. 1918, pues, primer elogio claro del indígena, aunque a través de un pomposo soneto.

Un año más tarde aparece *La pipa de kif*, comienzo definitivo de lo esperpéntico en la obra de Valle. En este volumen de poemas, algo carnavalesco quizá, pero ya intensamente satírico, reaparece la visión de México. La composición que nos la ofrece es "La cueva del herbolario",¹³ a la que considera

clave de aromas que en sí condensa
del Universo toda la esencia.

Parte de ese Universo, y gran parte del poema (estrofas 5-8), es el lejano México:

5

¡Xalapa! Iglesias y costanillas,
tras de las bardas, uno en cuclillas.

6

¡Campeche! Sedes. Frondas de loros.
Pintados vuelos de tocoloros.
Flautas que encantan a las serpientes,
rostros greñudos de blancos dientes.
¡Viejo Tlaxcala! ¡Boca de enigma! ...
¡Mar de esmeralda! ¡Bosques con monos!
¡Haciendas de Indios! ¡Blancos Patronos!

7

¡La Pita! Verde que en cadmio quiebra
con un remedo de la culebra.
Zum de pita. Pulque. Placeres
de Baco, y celo por las mujeres.
Melancolía de aquellos llanos
de Apan. Jinetes. Áureos jaranos.
Melancolía del Indio. Pena

de los que arrastran una cadena.
 ¡La Pulquería! Lento guitarrero.
 Bailes lascivos. Reto de un charro.
 (Pulque: brebaje de gusto adusto
 que el Indio encuentra muy de su gusto).

8

¡Cacao! Afrodita jardín del puma
 y chocolate de Motezuma.
 El chocolate —parece cuento—
 no lo inventaron en un convento.
 Unos lo achacan a los Aztecas,
 disputan otros si Chuchumecas.
 Hay sus dos credos con sus dos papas.
 ¡Si fue en Tabasco! ¡Si fue en Chiapas!
 (Cacao en lengua del Anahuác
 es pan de dioses o Cacahuác.
 Y el nombre sabio sigue la broma,
 cacao en lengua griega: Theobroma).

En esta composición intencionadamente disparatada y caótica, como cuadra a los fantásticos ensueños provocados por el kif, debemos destacar algunos versos: “¡Haciendas de indios! ¡Blancos Patronos! . . . Melancolía del Indio. Pena / de los que arrastran una cadena. . . Pulque: Brebaje de gusto adusto / que el Indio encuentra muy de su gusto. . .”. Es decir, oposición indio-patrono blanco, carácter del indio y su único consuelo. Quedan señalados así los puntos que, con seriedad trágica, mayor profundidad y estilo renovado ofrecerá en “¡Nos vemos!” y en *Tirano Banderas*.

EN 1921, VALLE volvió a México. Por invitación especial, representaba extraoficialmente a España en las fiestas del centenario de la Independencia. Estuvo en contacto directo con los intelectuales. Obregón le facilitó un carro de ferrocarril para que recorriera la República. Alguno de sus acompañantes ha dicho que durante el viaje se limitó a conversar sin prestar atención a lo que veía. Quizá. Pero quizá también poseía Valle la capacidad de hablar y ver simultáneamente, como cuenta Alfonso Reyes de Pedro Henríquez Ureña.¹⁴ También

en México se enteró con más minucia sobre el gobierno de Díaz, la actuación de Madero y los españoles residentes, los proyectos de distribución de la tierra, y la simpatía por el indio y por la revolución se acentuó. Como dice muy bien Alfonso Reyes: "En el segundo viaje no hizo más que confirmar su afición a las cosas mexicanas y su entendimiento de nuestros ideales, nuestras victorias y nuestras desventuras." 15

No sé si escrita en México durante aquel año o enviada después desde España es esta composición, titulada "¡Nos vemos!", que apareció en *México Moderno* el 19 de septiembre de 1922 y cuyas líneas más significativas son las siguientes:

¡Adiós te digo con tu gesto triste, indio mexicano!
 ¡Adiós te digo, mano en la mano!
 ¡Indio mexicano que la encomienda tornó mendigo!
 ¡Rebélate y quema los trojes del trigo!
 ¡Rebélate, hermano! ...
 Indio mexicano,
 mano en la mano
 mi fe te digo:
 lo primero
 es colgar al Encomendero
 y después segar el trigo...

La descripción adornada y elegante, aunque quizá simbólica, del soneto de 1918 cede su lugar a una visión desnuda y directa y a la evocación de un problema agudo: la miseria y la servidumbre del indio, que había durado centurias. La exhortación de Valle puede sonar un poco desorbitada, pero es sincera. Y ya veremos cómo la resuelve artísticamente.

Sin duda durante aquella visita de 1921 comenzó a precisarse la idea de un libro sobre América. Difícil es decir cuándo inició el bosquejo. Pero tenemos noticias de que en cierto momento ya se había trazado un plan. Y sabemos también que lo visto, oído y quizá leído en México sería el núcleo de esa obra. El documento en el cual se registra esta nueva inquietud de Valle es una carta a Alfonso Reyes, fechada en la Puebla del Caramiñal, el 14 de noviembre de 1923. En ella anuncia su *Tirano Banderas*, quien tendrá, en-

tre otros, rasgos de Don Porfirio; la lengua de la novela será una mezcla de dialectalismos que irán desde *el modo lépero* al modo gauchó. Frente al tirano se levantará un apóstol, que debió tener rasgos de Savonarola y de Francisco Madero; pero le faltan datos para trazar esa figura y pregunta: “¿Dónde ver una vida del Bendito Don Pancho?” Otras características anunciadas para la nueva novela no se incorporaron a ella. Si bien nos dice que presentará “una revolución social de los indios”, inspirada en la que provocó la Santa de Cavora, finalmente la omitió. —También acerca de esto pedía datos. Es muy probable que nunca los consiguiera.— En la carta ruega a don Alfonso que le envíe un ejemplar de *Visión de Anáhuac*. Desgraciadamente, sólo utilizó de la deliciosa obrita una imagen que interpretó mal. Don Alfonso habla en ella de “los discos del nopal —semejanza del candelabro— conjugados en una superposición necesaria, grata a los ojos”. Valle, confundiendo los nopales con los órganos, interpretaría *recto sensu* la afirmación para decir: “los nopales, que proyectaban sus brazos como candelabros de Jerusalén” (p. 37).¹⁶

Un mes más tarde, despreocupado momentáneamente de su libro, Valle clama en una nueva carta (20 de diciembre de 1923) contra un movimiento que intenta destruir, según él, las más caras aspiraciones revolucionarias:

Pero advierto que me aparto del ánimo primero que me movía para escribirle. Ya usted adivina que es la revolución de México. Si he de ser franco, le diré que esperaba ese intento de los latifundistas. No pueden hacerse revoluciones a medias. Los gachupines poseen el setenta por cien de la propiedad territorial. Son el extracto de la barbarie ibera. La tierra en manos de esos extranjeros es la más nociva forma de poseer. Peor mil veces que las manos muertas. Nuestro México, para acabar con las revoluciones, tiene que nacionalizar la propiedad de la tierra, y al encomendero.

Las noticias de los periódicos son hartó confusas, pero a través de este caos presiento el triunfo del Gobierno Federal. El General Obregón está llamado a grandes cosas en América. Su valor, su ánimo sereno, su conocimiento del tablero militar, su intuitiva estrategia, y su buena estrella de predestinado, le aseguran el triunfo. A más que la revolución de México es la revolución latente en toda la América Latina. La revolución no puede redu-

cirse a un cambio de visorreyes, sino a la superación cultural de la raza india, a la plenitud de sus derechos y a la expulsión de judíos y moriscos gachupines. Mejor, claro, sería el degüellen.

Si usted cree que en esta baraúnda de noticias conviene una clarinada en *España*, dígamelo y no más.

El movimiento al que alude Valle es, sin duda, el de De la Huerta, y sus intenciones y consecuencias coincidían, según se nos dice,¹⁷ con las enunciadas en la carta. Detengámonos, sin embargo, en otros aspectos. Valle vuelve a subrayar su desprecio por los gachupines, a quienes desea algo muy parecido a lo expresado en “¡Nos vemos!”; exalta la figura de Obregón, muchos de cuyos rasgos pasarán al ranchero Filomeno Cuevas, uno de los personajes destacados de su *Novela de Tierra Caliente*; señala que la revolución de México es la de toda América, hecho significativo, pues concuerda con la idea capital del libro que prepara; muestra una vez más su decidida simpatía por los indios. Y, algo muy importante, manifiesta con claridad su preocupación por las crisis políticas mexicanas y su intención de apoyar sin reticencias la causa que cree justa.

Otras dos cartas nos enteran de un episodio poco conocido, que yo sepa. No nos consta que Valle solicitara ayuda económica del gobierno mexicano; sí nos consta, en cambio, que se había lamentado epistolarmente a Alfonso Reyes de su situación aflictiva y de su salud precaria (16 de noviembre de 1923). Por intermedio del propio don Alfonso llegó la noticia hasta el presidente Obregón, quien envió dinero a Valle. El 31 de marzo de 1924, éste trasmite su agradecimiento:

Cómo decirle cuánto agradezco el generoso y delicado ofrecimiento del Presidente Obregón y la amistosa intervención de usted en este asunto. Acepto muy reconocido, si bien con la íntima pena de que mi amistad por México no haya podido mostrarse con todo el desinterés que yo hubiera deseado. Pero mi situación es bastante angustiosa y la enfermedad larga y de cura difícil.

El 14 de abril vuelve a agradecer las gestiones de don Alfonso y el “envío de la plata mexicana”, y agrega:

Si en cualquier ocasión, recobrada la salud, puedo servir de algo a usted y a México, sólo deseo que me mande para poner toda mi voluntad a su servicio.

Valle debió así a México no sólo la base de su obra sólida y profunda, sino también un alivio y un consuelo en sus dificultades.

El mismo año en que todo esto ocurría, Valle publicó uno de sus esperpentos breves de forma dramática: *La cabeza del Bautista*.¹⁸ Realiza allí una especie de síntesis de lo que será más tarde *Tirano Banderas*, especialmente en lo que se refiere al lenguaje. Pero también concentra su definitiva antipatía hacia los gachupines y los gobiernos dictatoriales. En pocas palabras conjuga los dos odios: "El español, tan situado con el porfirismo..."

FINALMENTE, al terminar 1926, sale a la luz *Tirano Banderas*, del cual el público conocía ya algunos adelantos aparecidos en la revista *El Estudiante* y en *La Novela de Hoy*. Este *Tirano Banderas*, *Novela de Tierra Caliente*, es una síntesis de América. Ya he estudiado casi todos los elementos que la forman; ¹⁹ sólo me detendré ahora en lo que, a mi parecer, debe exclusivamente a México.

Aparte del lenguaje americanista, donde los mexicanismos predominan,²⁰ hay muchos otros rasgos que indican hasta qué punto Valle había encontrado en México una veta riquísima para alimentar su libro. Sin apartarnos todavía del lenguaje, podemos señalar algunos. En un momento dado, la espada del dictador merece el apelativo de *matona* ("estruendosa... matona", p. 352); las caricaturas políticas de la época porfiriana designaban del mismo modo a la espada de Díaz.²¹ El manifiesto político de los revolucionarios se llama *Plan*, vocablo únicamente utilizado en México para referirse a esa clase de documentos.²² No faltan tampoco ciertas curiosas formas inventadas por Valle: *Zamalpoa*, inspirada quizá en Cempoala ("héroe de Zamalpoa" se suele apellidar a Santos Banderas: ¿no habrá tenido en cuenta Valle-Inclán la designación de Santa-Anna en el Himno nacional como "héroe de

Cempoala"?); *comaltes*, *chiromayos* y *chiromecas*, probablemente deben su origen a gentilicios como comanches, chichimecas, mayas y mayos. Algunos nombres propios, introducidos a veces un poco inesperadamente, nos colocan también en el ambiente de México. Un indio, cuyo apellido es *Santana*, ha actuado en la partida de *Doroteo* Rojas. ¿Será muy difícil evocar a través de ellos —salvo las diferencias, claro está— figuras como las de López de Santa-Anna, Santana Pérez o Doroteo Arango? Finalmente, Zacarías el Cruzado llamará *Porfirio* a su perro. El reconocimiento es inmediato: el carácter y la intención del libro nos obligan a ver tras la simple mención al propio Díaz. Pero no sólo los nombres o apellidos nos conducen hacia la historia de México. Hay alusiones precisas, aunque rápidas. La presentación de la morada del Tirano trae el recuerdo del período de la Reforma: "San Martín de los Mostenses, aquel desmantelado convento de donde una lejana revolución había expulsado a los frailes..." (p. 21). En dos ocasiones se alude a un hecho que ocurrió, efectivamente, durante el Porfiriato: la incorporación de bandidos a las tropas regulares: "Es uno de los plateados que se acogieron a indulto tiempo atrás, cuando se pactó con los jefes, reconociéndoles grados en el Ejército... El caporal... era veterano de una partida bandoleresca años atrás capitaneada por el Coronel Irineo Castañón..." (pp. 185 y 187).²³ Otro pasaje recuerda la institución de la leva, verdadera pesadilla para los indígenas: "—Hay leva. Poco faltó para que me laceasen" (p. 200). San Juan de Ulúa, que en *Sonata de estío* había sido tan sólo "una sombra romántica", adquiere ahora, tras los velos de un nombre distinto, un significado mucho más actual: "El Fuerte de Santa Mónica, que en las luchas revolucionarias sirvió tantas veces como prisión de reos políticos... erguía sobre los arrecifes de la costa, frente al vasto mar ecuatorial..." (pp. 227 y 231).²⁴

Pero si de estas fugaces visiones pasamos a determinados personajes, la precisión aumenta. Las palabras y las actitudes de Tirano Banderas reflejan con cierta frecuencia algunas muy parecidas de Don Porfirio:

Santos Banderas les garantiza que el día más feliz de su vida será cuando pueda retirarse y sumirse en la oscuridad a labrar su predio, como Cincinato (p. 26)... las responsabilidades de la gobernación llegan a constituir una carga demasiado pesada. Busquen al hombre que sostenga las finanzas, al hombre que encauce las fuerzas vitales del país. La República, sin duda, tiene personalidades que podrán regirla con más acierto que este viejo valedudinario (p. 27)... Para esos caudillos [los que recurren a la fuerza]... será siempre inexorable, pero esta actuación no excluye mi respeto y hasta mi complacencia para los que me presentan batalla amparados en el derecho que les confieren las leyes... (p. 279).²⁵

Don Roque Cepeda, el apóstol revolucionario a quien trata de loco y de insensato Don Teodosio, pues "parece mentira que hombre de su situación financiera se junte con los rotos de la revolución" (pp. 67-68), a todas luces está inspirado en Francisco I. Madero:

Yo estoy seguro de ver el triunfo de la Revolución. Acaso más tarde me cueste la vida. Acaso. Se cumple siempre el Destino... Mi fin no está en Santa Mónica... (p. 243)... Don Roque era profundamente religioso, con una religión forjada de intuiciones místicas y máximas indostánicas... Adepto de las doctrinas teosóficas... Don Roque era un varón de muy varias y desconcertantes lecturas, que por el sendero teosófico lindaban con la cábala, el ocultismo y la filosofía alejandrina (pp. 248-249).

Dos españoles, Celestino Galindo y Teodosio del Araco, apenas ocultan a sus modelos. En la versión de *El Estudiante*, el primero se llamaba *Telesforo* y el segundo *Íñigo*. Los nombres de pila eran señalativos despiadados, pues apuntaban a dos hombres reales e influyentes: Telésforo García e Íñigo Noriega. Las palabras irónicas de Benicarlés presentan así a García-Galindo:

—Ilustre Don Celestino, usted es una de las personalidades financieras, intelectuales y sociales más remarcables de la Colonia... (p. 46).²⁶

En el libro es también este personaje quien preside la Comisión de la Colonia española que acude a saludar y exaltar adu-

lonamente al Tirano, cuando regresa de Zamalpoa (pp. 24 ss.). El episodio parece recordar uno de la vida real de Don Telesforo: "...encabezó, tres años después (1899), a los ricos españoles residentes en la Capital, quienes visitaron al General Díaz para rogarle que permaneciera en el poder, evitando así los males que acarrearía al país si desistía de continuar gobernándole".²⁷ En cuanto a Don Íñigo-Teodosio, sólo se nos ofrece el retrato:

... un estanciero español, señalado por su mucha riqueza, hombre de cortas luces, alavés duro y fanático, con una supersticiosa devoción por el principio de autoridad que aterroriza y sobresalta. —Don Teodosio del Araco, ibérico granítico, perpetuaba la tradición colonial del encomendero (p. 66).

La anécdota oral y el documento concuerdan para señalarlos, por una parte, su brutalidad, por otra, su riqueza.²⁸

Histórico es también el desprecio por la población indígena que Valle pone hasta en boca del dictador (pp. 32, 275 y 325);²⁹ histórica es la institución de los *empeños* a la española;³⁰ históricas las alusiones al agrarismo y a la defensa de la raza indígena contenidas en el imaginario Plan de Zamalpoa (p. 334), intencionado reflejo literario del Programa del Partido Liberal (1906), del Plan Político Social (1911) y del Plan de Ayala (1911).³¹ E histórico, a su modo, es el relato del "Dr. Atl", que con tanto cariño incorpora Valle a *Tirano Banderas*.³²

Y qué lejos estamos ahora de la exaltación de lo español. Hacía tiempo que Valle venía fustigándolo en su obra. Pero es difícil alcanzar mayor intensidad que la lograda en esta novela. Vuelven con ella, superados por el arte, los improprios de la carta de 1892 (pp. 64, 70, 157 y 160). Toda la Colonia Española "eleva sus homenajes al benemérito patricio, raro ejemplo de virtud y energía, que ha sabido restablecer el imperio del orden, imponiendo un castigo ejemplar a la demagogia revolucionaria" (p. 25). Pero no sólo ellos; lo mismo hacen y piensan sus descendientes criollos, de los cuales uno, "nieto de encomenderos españoles, arrastraba una herencia sentimental y absurda de orgullo y premáticas de casta"

(p. 86). Muy lejos se está, igualmente, de la idealización de los bandoleros. Entre todos, Valle destaca a Chucho el Roto, mimado por la leyenda y la tradición popular. La pintura que de él nos presenta es una caricatura mordaz del Guzmán de *Sonata de estío*: “Chucho el Roto, tiraba la carta: Era un bigardo famoso por muchos robos cuatreros, plagios de ricos hacendados, asaltos de diligencias, crímenes, desacatos, estro-picios, majezas, amores y celos sangrientos” (p. 251).

Lo que hemos visto, sin embargo, puede depender de una información bien asimilada, en ciertos aspectos, o de una pasión que se desborda, en otros. Señalemos ahora lo que el hombre que charló sin fijarse en nada retuvo en su conciencia de observador. Quizá algo de ello tiene viejas raíces, pues lo había registrado en la Sonata mexicana: “Se abrazan y, en buenos compadres, alternativamente se suspenden en alto” (p. 175). Pero, ¿quién que no haya mirado, y mirado intensamente, podía grabar estas imágenes?:

Los ciegos de guitarrón cantan en los corros de pelados... por las escalerillas de las iglesias, indios alfareros venden esquilonés de barro con círculos y palotes de pinturas estentóreas y dramáticas... En los portalitos... la guitarra rasguea los corridos de milagros y ladrones... (pp. 107-108)... En el portal dormía un indio con su india, cubiertos los dos por una frazada... (p. 125)... el alfarero, sentado sobre los talones... decoraba con prolijas pinturas jicaras y güejas... (p. 146)... Cargaba el crío sobre la cadera, suspenso del rebozo, como en hamaca... Encorvándose, con el chamaco sobre el flanco, se aleja, galguera... (pp. 153 y 164)... Una tropa cimarrona —caretas de cartón, bandas, picas, rodela—, ejecuta la danza de los matachines... (p. 193).

Advirtamos que varias de estas escenas se refieren directamente al indio y a su pobre medio de vida, los cuales conmovieron y siguieron conmoviendo en el recuerdo al antiguo cantor de linajes y soberbias.

Para esta raza desvalida, sometida, ultrajada, había escrito Valle “¡Nos vemos!” En *Tirano Banderas*, deseoso de que el consejo su cumpliera, lo realiza por intermedio de Zacarías el Cruzado, quien tiene, para actuar como lo hace, un motivo profundo: ha sido atropellado en lo más caro y sagrado para

él: su familia. Basta citar el momento en que encuentra los restos de su hijo, que ha quedado en el abandono a causa de la prisión de su madre:

Zacarías llega: Horrorizado y torvo, levanta un despojo sangriento. —¡Era cuanto encontraba de su chamaco!— Los cerdos habían devorado la cara y las manos del niño: Los zopilotes le habían sacado el corazón del pecho. El indio se volvió al chozo: Encerró en su saco aquellos restos, y con ellos a los pies, sentado a la puerta, se puso a cavilar. De tan quieto, las moscas le cubrían y los lagartos tomaban el sol a su vera (p. 202).

La reacción del hombre coincide casi totalmente con lo propuesto por Valle:

El Cruzado, con súbita violencia, rebota la montura, y el lazo de la reata cae sobre el cuello del espantado gachupín, que se desbarata abriendo los brazos. Fue un dislocarse atorbellinado de las figuras, al revolverse del guaco: Un desgarrar simultáneo. Zacarías, en alborotada corveta, atropella y se mete por la calle, llevándose a rastras el cuerpo del gachupín: Lostregan las herraduras y tropieca el pelele, ahorcado al extremo de la reata. El jinete, tendido sobre el borrén, con las espuelas en los ijares del caballo, sentía en la tensa reata el tirón del cuerpo que rebota en los guijarros. Y consuela su estoica tristeza indiana Zacarías el Cruzado (p. 218).

Sobre el mundo de bajas pasiones, de miseria y de crimen que Valle nos pone ante los ojos, se cierne constantemente el zopilote. Recordemos el desagrado íntimo con que lo había contemplado en *Sonata de estío*. ¿Puede sorprendernos que ahora se convierta en anuncio de desgracia (p. 146) o en símbolo de opresión y de muerte? (pp. 77 y 237).

Muy poco nos queda ya por observar de la huella que México dejó en *Tirano Banderas*. Pero ese poco es bastante significativo. La obra transcurre durante las fiestas de Santos y Difuntos (pp. 22 y 36), cuya celebración tiene aquí características tan peculiares. Y en tales días se publican *las calaveras* donde, como dice Paul Westheim,³³ “se aprovecha esa especie de libertad de carnaval que brinda el 2 de noviembre para hacer burla de las personalidades dirigentes de la vida pública... y, en general, de todo lo que ocupa y preocupa al

pueblo". Algunas de las más extraordinarias salieron de manos de José Guadalupe Posada. Veamos por qué Valle sitúa en esos días su novela y por qué el General Banderas es "una calavera con antiparras negras" (p. 22) y tiene un "gesto de calavera humorística" (p. 101). *Tirano Banderas* es quizá el mejor esperpento de Valle: el esperpento de América con la desventura de sus dictadores. ¿Qué marco mejor podría pedirse para su burla trágica que la Fiesta de Santos y Difuntos, ni qué rostro mejor para el Tirano que las calaveras populares a las que dio impulso un gran artista?

HALLADA LA CLAVE del problema español de los Espadones en esta América zarandeada por codicias ancestrales, por motines y por reyezuelos sin corona, Valle se dedicó a escribir *El Ruedo Ibérico*. Pero el cariño y el entusiasmo, aunque callados, no estaban menos presentes. Todavía en 1932 declaraba para *El Sol* de Madrid: "En México está la esencia más pura de España." En esa esencia había hallado, por una parte, la resolución de la x que le preocupaba; por otra, su destino de escritor.

NOTAS

1 Alfonso REYES: "Presentación" a R. del VALLE-INCLÁN, *Publicaciones periodísticas anteriores a 1895* (edición, prólogo y notas de William L. FICHTER), El Colegio de México, México, 1952, p. 7.

2 Cf. para todos estos datos el "Estudio preliminar" de FICHTER a la obra citada en la nota anterior, pp. 11-12 y 23 ss.

3 Cf. *ibid.*, pp. 29-35.

4 Cf. Alfonso REYES, "Presentación", p. 8.

5 "Tierra Caliente", *La Vida Literaria*, Madrid, núm. 11, 18 de marzo de 1899, p. 187; "Tierra Caliente", *Los Lunes de El Imparcial*, Madrid, 18 de marzo de 1901, p. 3.

6 20 y 27 de julio; 3, 10, 24 y 31 de agosto; 14, 21 y 28 de septiembre de 1903.

7 Cito por la edición de *Opera Omnia*, vol. 6, Madrid, 1928, pp. 11-12.

8 Cf. otros ejemplos: San Juan de Tuxtlan (p. 21), Necoxtla y Tixul (p. 76), San Juan de Tegusco (p. 78). En ciertos casos los nombres existen: Grijalba, Tlacotalpan (p. 76). Uno de los servidores de Bradomín se llama —o es llamado por él— Cuactemocín (p. 190).

9 Además de estas exaltaciones, conviene señalar ciertos pasajes en

que la Abadesa y fray Lope Castellar critican a México: "En todas partes gobiernan los enemigos de la religión y de las tradiciones, aquí lo mismo que en España" (p. 93); "... para servirle aquí, en este México de mis pecados, donde en un santiamén dejan sin vida a un cristiano" (p. 102). Uno de los abuelos de Bradomín, según su descendiente, había guerreado en México "cuando la sublevación del cura Hidalgo" (p. 93). La expresión del Marqués es sobradamente despectiva.

10 PERROBILLOS, *Los plateados de Tierra Caliente*, México, 1891.

11 Cf. diversos pasajes de *La corte de los milagros (Opera Omnia)*, vol. 21, Madrid, 1927) y *¡Viva mi dueño! (Opera Omnia)*, vol. 22, Madrid, 1928).

12 *Los Lunes de El Imparcial*, 24 de junio de 1918; *Claves líricas (Opera Omnia)*, vol. 23, Madrid, 1930), Clav. 11, pp. 85-86.

13 Recogido también en *Claves líricas*, Clav. 17. Las estrofas que interesan aparecen allí en las pp. 253-256.

14 "... no contaba uno con su ubicuidad psíquica. Cierta vez, por ejemplo, cuando se hallaba en España, José Moreno Villa lo llevó a ver El Escorial. Lo detuvo... frente al *San Mauricio* del Greco. Pedro habló todo el tiempo de Minnesota... y no parecía prestar atención a lo que tenía delante. Moreno Villa volvió decepcionado. Poco después, al regreso, en un misterioso desperezo retrospectivo, Pedro dejó pasmado a Moreno Villa con un estupendo análisis del cuadro" (Alfonso REYES, "Encuentros con Pedro Henríquez Ureña", *Revista Iberoamericana*, números 41-42, p. 59).

15 "Presentación" (citada en la nota 1), p. 9.

16 Citaré siempre por la edición de 1927 (*Opera Omnia*, vol. 16, Madrid).

17 Cf. *Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana*. I. *Planes políticos* (México, 1954), p. Ixvii, nota 16, y Mario GILL, "Los Escudero, de Acapulco", *Historia Mexicana*, vol. III (1953-54), p. 303: "Menguado papel histórico el del delahuertismo... Revancha sangrienta y cruel de políticos frustrados, del latifundismo y del gachupinismo... El delahuertismo fue la reacción violenta de la burguesía más reaccionaria en contra de la Revolución..."

18 *La Novela Semanal*, Madrid, núm. 141, 22 de mayo de 1924.

19 *La elaboración artística en Tirano Banderas*, El Colegio de México, 1957 (Publicaciones de la NRFH, núm. 4).

20 Cf. *ibid.*, p. 112, y "Glosario".

21 Cf. *Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana*. II. *La caricatura política* (México, 1955), núms. 5, 40, 83, 141 y 153.

22 Cf. obra citada al comienzo de la nota 17, pp. vii ss.

23 No he visto documentación al respecto, pero me informan que puede hallarse en la *Memoria del Ministerio de Guerra* de México.

24 Cf. obra citada al comienzo de la nota 17, p. xv.

25 Cf. el manifiesto de Porfirio Díaz a la Nación (1911): "No es, pues,

una inspiración de vanidad personal del Presidente, para quien el poder, hoy más que nunca, no tiene ya sino amargos sinsabores e inmensas responsabilidades, lo que le hizo negarse a la exigencia de la rebelión, no; es el deber, el supremo deber que tiene de dejar al país en orden y dentro de la ley o de hacer cualquier sacrificio... se retirará, sí, del Poder, cuando su conciencia le diga que al retirarse no entrega el país a la anarquía..." (*Fuentes para la historia de la Revolución Mexicana*. IV. *Manifiestos políticos*, México, 1957, p. 193). Véase también (*ibid.*, p. 71) el manifiesto del Club Soberanía Popular: "Porfirio Díaz ofreció y no cumplió... «Se ha dicho, en efecto, que el general Díaz ha manifestado el deseo de ver moverse al pueblo en una acción democrática»."

26 "... Telésforo García, español distinguido, por la cultura intelectual y por la actividad práctica" (Pedro HENRÍQUEZ UREÑA, "Don Ramón del Valle-Inclán", *La Nación*, Buenos Aires, 26 de enero de 1936).

27 Moisés GONZÁLEZ NAVARRO, *Historia Moderna de México. El Porfiriato. La vida social*, México-Buenos Aires, 1957, p. 156.

28 Atribuyéndole el valor que le corresponde como elemento informativo, he recogido la siguiente historieta: Molesto por algo que un indio había hecho, don Íñigo Noriega le dio de golpes con un paraguas hasta quebrarlo; su lamentación no fue luego por el agredido, sino por el objeto destrozado. En cuanto a la riqueza, véase *Fuentes para la historia...*, IV, p. 487. Datos acerca de su amistad con Díaz y su influencia política pueden encontrarse en la misma obra (p. 200) y en GONZÁLEZ NAVARRO, p. 401.

29 Cf. GONZÁLEZ NAVARRO, pp. 150 ss.

30 Cf. *Tirano Banderas*, pp. 153 ss.

31 Véase *Fuentes para la historia...*, I, pp. 15, 23, 25, 69 y 75.

32 Cf. obra citada en la nota 19, pp. 30-37.

33 Paul WESTHEIM, *El grabado en madera*, México, 1954 (*Breviarios*, núm. 95), p. 237.